

Novela Popular Cinematográfica

Año 1
Núm. 21

La voluntad
de un hombre



25 céntimos

Protagonista:
Dustin Farnum

Revista Semanal

A MAN'S FIGHT
1919

LA VOLUNTAD DE UN HOMBRE

Novela cinematográfica basada en la película del mismo título. Exclusiva Juan Fuster: Belén, 3, Madrid.

PROTAGONISTA: DUSTIN FARNUM

I

En el salón privado de un Club de New-York, algunos señores de los que no tienen nada en qué ocuparse, mataban su ocio sosteniendo una partida de juego. Todos eran jóvenes. Casi todos, hijos de millonarios. Había también entre ellos algún tahir de los que no juegan por ocio, sino para ganarse el sustento.

Pero a quien extrañaba más ver allí, es a Rogelio Cass, hijo de muy buena familia. La verdad es que, no obstante las excelentes cualidades morales que adornaban a este joven, no se sabe por qué había ido a parar allí, y allí perdía el tiempo entre los ociosos, que eran muchos. Y poco a poco se había ido aficionando al juego. Y ya había llegado a poner en él bastante entusiasmo y hasta cierta, no por contenida menos verdadera, pasión.

Uno de los tahures, claro es que sin que los demás tuvieran noticia de ello, era el joven Al-

fredo Evans, el cual, tras de su correcta apariencia de hombre honrado, escondía un espíritu perverso y una moral de presa. Para sí mismo, consideraba el juego como una lícita profesión y vivía innoblemente de ella. Decimos innoblemente, porque su juego no era nunca limpio, de modo que siempre ganaba el dinero a los que con él jugaban. Y nadie desconfiaba de él. Tanto no desconfiaban, que todos sus compañeros le habían presentado en sus casas, a sus respectivas familias.

Mas nunca dura mucho tiempo una situación equívoca. No podía durar, pues, la supuesta honradez del tahir. Y he aquí que una noche, en el momento en que realizaba una de sus acostumbradas trampas, le sorprendió el joven Rogelio Cass. Rápido, como una centella, se alzó de su asiento y, dirigiéndose al tramposo, gritó:

—Usted no es más que un farsante y un vividor.

—Esas palabras...

—Las repito. Y con pruebas.

En efecto, aun no había tenido tiempo el tahir de deshacer su trampa, y Rogelio, levantando las cartas, comprobó su acusación. El tahir entonces se abalanzó sobre él violentamente. Rogelio, que esperaba la acometida, dió un empujón a su adversario y lo arrojó al suelo. Intervinieron los demás jugadores y la cosa, por esto, no pasó a mayor gravedad.

Comentando después el hecho, Rogelio decía:

—Me indigno cuando pienso que a un miserable de tal especie, lo hemos recibido en casa con todos los honores, como si se tratara de una persona decente.

—Es cierto—dijo otro.—Todos le hemos tratado como si fuera igual que nosotros.

—Y le hemos llevado a nuestros domicilios, presentado a nuestras hermanas, sentado a la mesa familiar—agregó un tercero.

—Verdaderamente—afirmó el más indignado de todos—era digno, al parecer, de nuestro aprecio. Por esto resulta más despreciable su conducta.

La partida, aquella noche, no volvió a emprenderse. Cada uno salió para su propio domicilio, preocupados todos por lo sucedido. Era ya tarde, pero aun no era de madrugada, hora en que acostumbraban a retirarse.

Rogelio, cuando llegó a su casa, estuvo tentado de despertar a su hermana para darle un consejo, referente al tahir. Mas como era tan tarde, desistió de ello. Lo dejó para el día siguiente.

Tampoco en todo el día siguiente pudo hablar con su hermana. No sabía cómo había ocurrido la cosa, pero lo cierto fué que no pudo conversar con ella.

Cuando llegó la noche, no salió. No por lo ocurrido la noche anterior. Suponía que Alfredo Evans no volvería más al Club. No salió porque no tenía dinero. Hacía ya mucho tiempo que no pasaba más noches en compañía de su familia que aquellas en que estaba escaso de fondos. Y aquella era una noche de éstas.

Rogelio Cass sentía por su hermana un cariño tan profundo, que casi rayaba en adoración. En verdad, la joven, se lo merecía. Se llamaba Ethel y era bella como una flor, y, como una flor, delicada. También ella quería mucho a su hermano.

El padre de ambos—la madre había muerto cuando aun eran pequeños—era un caballero de rigurosa moralidad que no admitía, ni siquiera disculpaba, la más leve falta que rozase los altos prin-

cipios del honor y de los respetos sociales, tal como él los entendía.

Al cuidado de la casa, además de un viejo matrimonio, servidores allí desde antes que la madre muriera, estaba un mayordomo llamado Jarvis, el cual era un servidor celoso de sus deberos y lealmente adicto de sus señores. Nunca criado alguno, con alma de criado, se sintió tan adherido a sus dueños. Y Jarvis no tenía alma de criado. Más bien todo lo contrario. Sin embargo, hacía de mayordomo, como muy pocos hayan podido hacerlo. ¡Misterios de la psicología del hombre!

Como Rogelio no salió aquella noche, la familia estaba reunida en la amplia sala del hogar. Ethel tocaba en el piano una deliciosa melodía. Su hermano, junto a ella, escuchaba extasiado. No muy lejos, el padre, sentado en una amplia butaca, escuchaba también. Al fondo, había una puerta abierta. De vez en vez cruzaba por ante ella, paseando, el mayordomo, que vigilaba, como siempre atento.

Llegada la hora de retirarse a descansar, el padre, levantándose de su asiento, dijo a su hijo:

—Rogelio; deseo hablarte en mi despacho de una cuestión interesante y urgente.

—Bien, querido padre, ahora mismo voy.

Salió el padre. Quedaron solos los dos hermanos. Al fin se presentaba la ocasión, con tanta impaciencia esperada por Rogelio, de hablar a su hermana.

Sin perder, pues, tiempo, Rogelio dijo a Ethel:

—Oye, hermana mía; si Alfredo Evans viniese esta noche, hazle comprender de una manera concreta que no conviene que ponga más los pies en esta casa.

—¿Por qué? ¿No era muy amigo tuyo?

—El porqué, querida Ethel, no puedo decirte-lo. Pero haz, por favor, lo que te indico.

—¿No me das ninguna explicación?

—Comprende bien, querida hermana, que, a expresarme así, me inducen motivos justificados. Evans no es digno de nuestra estimación. Es tu deber evitarme escenas violentas, que habrían de producirse, si yo encontrase aquí a ese miserable.

—Pero, Rogelio...

—No me obligues a ser más explícito. No puedo ni debo serlo.

Dejando a su hermana sumida en un mar de confusiones, salió y se encaminó al despacho de su padre. El cual, en cuanto le vio entrar, dijo:

—He tenido noticias fidedignas de la escandalosa querella que ayer noche, en el Club, hubo de suscitarse. No puedo permitir que continúes esa vida incorrecta, que redunda en quebranto de nuestra sólida reputación.

—¡Papá!...

—No intentes disculparte. Lo preciso, lo indispensable, es que acabe esa vida que llevas.

Rogelio, avergonzado, guardó silencio. El padre continuó sus palabras condenatorias.

Entretanto, en la sala, Ethel, sola, meditaba en las palabras de su hermano, las cuales habían causado honda impresión en su ánimo.

Inesperadamente, entró, sin avisar, Alfredo Evans. Venía borracho. El mayordomo, como otras veces, había querido avisar la visita. Mas el visitante no le dió tiempo para ello. Entró, al propio tiempo que el mayordomo, el cual, una vez en la sala el borracho, volvió a salir.

Alfredo Evans, temiendo que no le recibieran, para evitarse la vergüenza que esto pudiera darle, se había emborrachado. Y como el hombre borra-

cho suele mostrarse tal como es en realidad, Evans dejó ver en seguida, ante los ojos de Ethel, su condición brutal, la cual, en verdad, se mostraba en toda su intensidad, sin freno ni respeto capaces de contenerla.

Sin cruzar ni una palabra con ella, sin siquiera saludarla, se acercó al piano, como para rogar a Ethel que ejecutara alguna cosa; luego, se fué acercando, poco a poco, a la joven; al fin, poniéndose junto a la silla, en un momento de descuido de ella, la abrazó. Ethel se alzó de su asiento indignada. Pero era débil. Y el hombre era fuerte. Al ponerse ella en pie él la volvió a abrazar, pero con más fuerza. Ethel no podía defenderse. Los abrazos de Alfredo eran cada vez más brutales, más agotadores. Ethel no quería gritar, para no comprometer a los suyos. Pero se veía perdida. Alfredo tenía la intención, bien claro lo veía ella, de arrojarla sobre el suelo, si no podía sobre una butaca, para perpetrar sobre su cuerpo, virgen y bello, una violencia suprema. Se resistía, se defendía, quería desprenderse de los brazos de él para huir. Pero no gritaba. De súbito, se apagó la luz. Terror de ella y un grito, que logró contener, en su garganta. Luego, cuando apenas había apagado la luz, se oyó un disparo. Y en seguida, el ruido de un cuerpo que caía al suelo.

Un momento antes, en el despacho del padre, éste despedía a su hijo con las siguientes palabras:

—Ya lo sabes, Rogelio. Nuestra reputación, nuestro prestigio, han de resplandecer por encima de todo.

Después de estas palabras, Rogelio salió del despacho y volvió a la sala en donde su hermana estaba. Llegó a ella en el momento que se oyó el

disparo. Atropelladamente, fué hacia la luz y la encendió. Hecho esto, vió a su hermana con las ropas destrozadas y con el rostro transfigurado de terror. En el suelo, a los pies de ella, el cuerpo, muerto ya, de Alfredo Evans. Al lado del cadáver un revólver.

Rogelio miró a su hermana. Ella, sin saber explicarse lo ocurrido, exclamó:

—¡Hermano mío! ¡Me atropellaba, y yo me defendía! ¡Pero no puedo explicarte cómo ha ocurrido esto! ¡No sé cómo ha podido suceder esta desgracia!...

Llegó en esto el padre, atraído también por el ruido del disparo. Al ver al muerto, preguntó:

—¿Qué significa esto, en mi casa? ¡Hablad!

Ethel, creyendo que el autor era su hermano, dijo:

—¡Padre, yo...!

Pero Rogelio, que suponía que Alfredo había sido muerto por su hermana, no la dejó terminar:

—¡No...! ¡No...! ¡Ethel, no! ¡He sido yo quien le ha matado!

Llegó la policía. Rogelio, por salvar a su hermana, se confesó autor de la muerte de Alfredo Evans. Fué, pues, llevado a la cárcel. El padre, ni le despidió siquiera. Ethel lloraba con gemidos angustiosos. Quedó, la pobrecita, tan fina, tan débil, tan bella y tan delicada, destrozada, deshecha.

Pasaron unos meses, durante los cuales, en espera del fallo de la ley, Rogelio, el hombre que lo sacrificó todo por la hermana, a la que tanto amaba, sufrió lo indecible. Esa duda de no saber si sería o no condenado, era, para él, insoportable.

Cuando ya se acercaba la fecha del juicio, fué un día a visitarle, con alegría, su hermana. El pa-

dre no fué a verle ni una sola vez. Tampoco le buscó defensa, ni intervino para nada en el proceso. Estaba avergonzado de tener tal hijo. Cuando Ethel entró en el calabozo, su hermano la abrazó con toda su alma.

Ella, apenada de verle allí y alegre por lo que tenía que decirle, exclamó:

—¿Sabes? Hay esperanzas de que obtengamos, si no la absolución, un mínimo de condena.

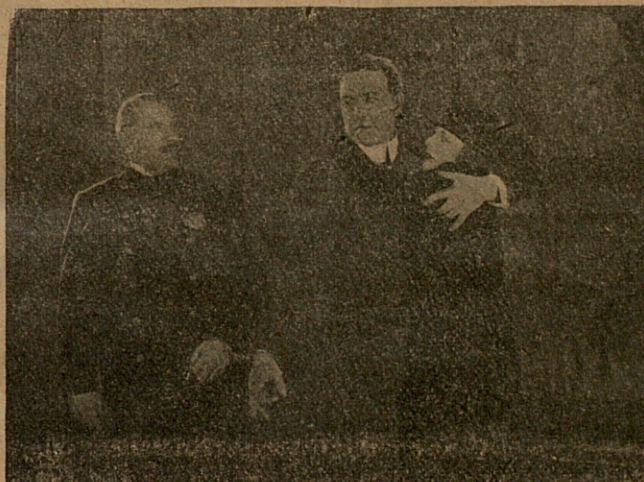
—De cualquier modo que sea, hermana mía, no te aflijas... ¡Ten valor! ¡Tu hermano, siempre pensará en ti, siempre te querrá, nunca, jamás te olvidará!...

II

Llegó el juicio y Rogelio fué condenado a presidio. Salió conducido, una triste mañana, para el lejano establecimiento penal. Ya allí, encerrado, doliente y solitario, durante los largos meses, al parecer interminables, de su condena, volvió a reanudar seriamente los estudios de ingeniero que había abandonado, atraído por el encanto perverso del juego. Día y noche, estudiaba. Al propio tiempo que se preparaba así para ser capaz, cuando saliera, de ganarse la vida, hacía menos penosa su soledad y menos triste su encierro. Los libros le hacían compañía, tal que si fueran amigos cordiales.

En tanto Ethel, dolorida por la mala suerte de su hermano, se había encerrado voluntariamente en un convento. Conocida allí por el sobrenombre de Sor Carmen, hacía vida de paz y de recogimiento, aunque en verdad no había encontrado el consuelo que reclamaba su espíritu, atormentado

por la duda de que su hermano era inocente del crimen que purgaba, y sabiendo que tampoco ella había sido la que disparó. El tono de las palabras de Rogelio siempre que habían hablado de aquello, era de una evidencia, respecto al particular, indudable. Había dicho que fué él quien disparó, sólo por no comprometerla a ella, seguro de que ella



había sido la que dió muerte a Evans. ¡Y ella no había sido! El misterio de todo esto la angustiaba. Pero sabía, no obstante, cuán grande era el sacrificio de Rogelio. Y suponiendo lo mucho que debía sufrir, encerrado en un presidio, ella no quiso continuar su vida habitual, tratando a los amigos de él, riendo quizá alguna vez sus ingeniosidades, escuchándoles, oyendo acaso, en ocasiones, palabras de amor. Supuesto que él sufría por ella, ella se ocultaría a los ojos del mundo para no pensar

nada más que en él. Por esto se encerró en el convento. Mas ni allí encontró consuelo para sus penas...

Pasó tiempo y llegó para Rogelio el día de su ansiada libertad. Salió del encierro una bella mañana de mayo. El presidio en que había cumplido su condena, estaba en las cercanías de la gran ciudad de Oniming, y era uno de los más importantes del país; importante en el sentido de que guardaba, entre sus muros, una extensa población penal.

Después de haber pagado su deuda a la sociedad, Rogelio Cass, lejos de encontrarse abatido o descorazonado, aspiraba a trabajar, a emprender una vida totalmente nueva, a producir, con el esfuerzo de su voluntad y de su saber, algo útil. Se consideraba como nacido otra vez y quería vivir intensamente esta nueva vida, lleno de fe y de optimismo.

Poco después de ser libertado, tomó el tren para New-York. Al propio tiempo de subir al coche, en cuanto el tren arrancó de la estación y él se despidió mentalmente del presidio, que se veía desde las ventanillas, oyó que una madre decía a su hijo:

—Allá encierran a los hombres cuando han sido malos.

Una nube de tristeza pusieron en su rostro estas palabras. El no era malo y había estado allí. Muchos otros hombres que allí penaban tampoco eran malos. El podía responder de ello. Sin embargo, no dijo ni una palabra.

Mas todos los viajeros, por su gesto, comprendieron lo que él no dijo: que acababa de salir de allí.

Una linda criatura, rubia y blanca, se le acercó.

El, que tanto tiempo hacía que no había visto a un niño, cogió a aquella criatura y empezó a acariciarla. La niña le preguntó:

—¿Es verdad, señor, que tú has sido un hombre tan malo?

—No, pequeña. Te engañan los que tal digan.

De súbito se oyó una voz agria. Era la de la madre de la criatura que decía:

—Ven aquí, a mi lado. No te acerques a ese hombre.

Huyó, atemorizada, la niña. Rogelio no dijo ni una sola frase. Pero se puso pálido como un muerto. A pesar de sus visiones optimistas, era terriblemente desolador para él darse cuenta de que la sociedad — aquella madre representaba el sentir de la sociedad ante un hombre que ha estado en presidio — se apartaba con cruel desdén de él como de todos los que han sufrido el peso de una condena.

Con estos pensamientos, tan poco consoladores, Rogelio llegó a New-York. Había llegado la hora, para él tan esperada, de volver a la casa paterna: hora que él suponía feliz, pues estaba seguro, cierto de obtener el perdón de su padre.

Le faltó, pues, tiempo, en cuanto bajó del tren, para encaminarse a la casa donde transcurrió su niñez. Iba con prisa, impaciente, deseoso de llegar cuanto antes. No imaginaba lo que allí había de ocurrirle. Cuando llegó, pudo ver que la casa parecía como abandonada, semejante a la de una familia en ruina. Los muebles no estaban tan cuidados como antes; había muchas cosas en desorden; no resaltaba, como en otro tiempo, la limpieza de todo; el mayordomo no estaba: ¿Qué había sido de él?

Apenado por todo esto, subió hasta el despacho

de su padre. El cual, en cuanto le vió entrar, exclamó:

—¿Cómo te atreves a volver? ¡Tú, el causante de mi deshonor y de la reclusión de mi hija en un convento!...

—Papá... Permíteme que me explique. Vuelvo dispuesto a emprender una nueva vida.

—Haz lo que quieras. En cuanto a mí, no necesito ninguna explicación. Sólo te ruego una cosa. ¡Que no te presentes más ante mi vista!

Rogelio, ante esta condenación de su padre, salió con el alma henchida de dolor y más dispuesto que nunca a comenzar una vida nueva.

Ya en las calles de New-York, sin objeto ni rumbo, pensó en ir, inmediatamente, al campo, adonde se hallaba el convento en que Ethel estaba recluida. Hablar con ella, despedirse y quedar libre para poner mano a sus propósitos.

Se encaminó, pues, al convento. Le recibieron en seguida. No pudo abrazar a su hermana. Solamente hablar con ella. En el centro del jardín, los dos hermanos, tristemente hablaron.

—¡Mi pobre Ethel—dijo Rogelio, con voz con turbada por las lágrimas—convertida ahora en la hermanita Carmen!...

—Sería mi destino, hermano mío...

—Yo también quiero cambiar de nombre... Me llamaré desde hoy mismo Jorge Rand, y probaré la conquista de una fortuna para reivindicar así el prestigio de nuestro verdadero nombre por medio del trabajo.

—Yo estoy segura, hermano mío, de haber merecido ya el perdón de todos mis pecados.

—¿Pecadora tú? No, Ethel querida. Tú no eres pecadora. Tu eres inocente como esas florecillas que exhalan su perfume en torno nuestro.

—Nadie es inocente en este mundo, Rogelio.

—Debe haber excepciones, aunque sólo fuese para que en ellas estuvieses tú.

—Tu cariño dicta esas palabras, no tu razón. Por defenderme a mí has estado en presidio. Yo soy, pues, culpable de lo que tú has sufrido.

—No, de ningún modo. Fué por voluntad mía. Nadie me obligaba a confesarme autor de aquel hecho.

—Te obligó el cariño que me tienes.

—De todas maneras, créelo, Ethel querida. Tú eres inocente. La más inocente de cuantas criaturas he conocido.

—Bueno, no discutamos más. ¡Adiós, hermano mío! ¡Que tengas suerte en tu nueva vida! Tu hermana, con su pensamiento, estará constantemente a tu lado. Acuérdate tú también de ella, y sé, en cuanto ello es posible, feliz.

Salió del convento, transido de pena, Rogelio. La resignación de su hermana, tan callada, tan absoluta, le parecía un sacrificio tremendo, del que él se consideraba culpable.

Algún tiempo después, y merced a su trabajo incansable y a su extraordinaria honradez, Jorge Rand se había convertido en una importante personalidad en la industria del cobre de Arizona.

De entre las personas que trabajaban junto a él, se había destacado, por su ayuda eficaz, Mary Tompson, que era su secretaria, y que había puesto en su trabajo una lealtad sin límites. Puede decirse que el encumbramiento de Jorge Rand obedecía, inmediatamente después de a su propio trabajo, a la ayuda, siempre atenta, de aquella muchacha.

El día que, después de su despedida del convento, volvemos a encontrar a nuestro protagonis-

ta, allá en Arizona, todo estaba preparadô para una importante reunión, citada por él, conocido allí, como hemos dicho, por el nombre de Jorge Rand.

Fueron llegando los citados. Faltaba uno. No obstante, como ya era la hora convenida, Jorge explicó el motivo que le había inducido a citarles.

—Nosotros—dijo,—los pequeños mineros, debemos agruparnos para ayudarnos mutuamente...

—Tiene usted razón—afirmó uno.

—Es nuestro deber—agregó otro.

—No nos queda, si queremos salvar nuestros negocios, otro camino—dijo un tercero.

—En efecto—agregó Jorge.—De lo contrario, el poder absorbente del trust nos arruinará a todos, hoy a uno, mañana a otro.

—Estamos conformes con su proposición—dijo uno de los citados, que hasta aquel momento no había dicho nada.—En cuanto a mí, puede usted disponer lo que crea más conveniente. Con todo, cuanto haga estoy conforme. Le conozco desde que llegó aquí y sé cuanta es su honradez, su espíritu de compañerismo, su fe en el trabajo. Por esto, fío por completo en sus planes y los apruebo de antemano.

—Muy bien—exclamaron todos los demás.—Ha interpretado usted nuestro propio pensamiento.

—Gracias, amigos míos—agregó Jorge.—Trabajaré por esta unión, para salvar nuestros negocios, con el mismo entusiasmo que pongo en todas mis cosas.

—Es extraño que no haya venido Tomás Logan—insinuó uno.—Es extraño, porque es uno de los más interesados en que esto salga bien.

—Habrá tenido ocupaciones que se lo hayan evitado—dijo Jorge.

En este momento, cuando ya terminaba la reunión, llegó el citado Tomás Logan. Disculpó su

retraso. Pidió noticias de lo que habían tratado. Le disculparon su tardanza. Le dieron explicación del propósito convenido. Opuso alguna cosa. Discutieron. Al fin se pusieron de acuerdo.

Tomás Logan no se había retrasado por ocupaciones imprescindibles, como creyera Jorge. Aunque había prometido asistir a la reunión a la hora convenida, no llegó porque a aquella misma hora se encontraba en las oficinas del trust, tomando instrucciones del gerente de los grandes capitalismos, enemigos de los independientes, de los que formaba parte Jorge Rand y el propio Tomás Logan.

Tomás Logan no era, pues, leal para sus compañeros; había ido allí a comunicar la reunión, prometiendo volver después a contar lo que en ella se tratara.

Por esto discutió algunas de las cosas acordadas. Por esto, cuando, terminada la reunión, salieron del domicilio de Jorge todos los convocados, Logan seguía mostrándose disconforme con ellos en ciertos propósitos.

Pero uno de los independientes, llamado Olivier Dale, el hombre más importante del grupo, defendía con fervor, desde el primer momento, todas las proposiciones de Jorge. Cuando salían y Logan se permitió hacer algunas observaciones, Dale le opuso una argumentación decisiva.

También Adelina, la hija única de Olivier Dale, defendía a Jorge. Parecía estar enamorada de él, según el calor que ponía en sus palabras.

Logan, temiendo descubrirse, calló. Se despidieron. Mas, antes de despedirse, Olivier Dale advirtió a sus compañeros:

—Debemos llevar en secreto nuestras deliberaciones. El trust tiene espías en todas partes.

Bien lejos estaba Dale de pensar que hacía esta

advertencia, precisamente, a uno de los espías a que se refería, es decir, a Tomás Logan.

III

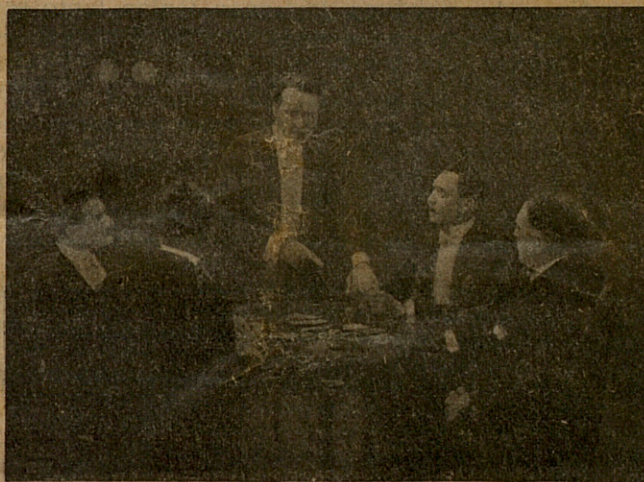
Pocos días después volvían a reunirse, en el domicilio de Jorge, todos los mineros independientes. Se acercaba la época electoral y la reunión tenía por objeto preparar una campaña en este sentido.

Cada día era más peligroso el cerco que el trust iba poniendo a los negocios de los independientes. El más inquieto por ello era Jorge, que veía, si el trust triunfaba, hundirse todos sus esfuerzos por conquistarse una posición. Compartía su inquietud la secretaria, muchacha que había trabajado desde el primer día al lado de Jorge, y que había visto los insomnios de éste por salir adelante. Mary admiraba profundamente a su principal. Quizá será lícito decir que en su admiración había también amor. Mas éste nunca se dejó ver. Trabajaba constantemente, sin cansarse nunca, y estaba atenta a los menores detalles de la oficina para que todo fuese hecho en ella a su tiempo. Desde que apareció el peligro de que el trust acabara con los negocios de Jorge, arruinándoles, Mary se multiplicaba para ahorrar trabajo a Jorge, deseosa así de dejarle más tiempo libre para pensar en planes salvadores contra la inminencia de la ruina decretada por el trust, que no quería competidores.

El día que había sido citada esta reunión, Mary lo dispuso todo. Habló un momento con Jorge y le dió ánimos, que ciertamente él no necesitaba.

Cuando llegó la hora, todos los independientes estaban allí. No faltaba, aquel día, ninguno. El primero en llegar había sido precisamente Logan.

—Compañeros en peligro de ser arruinados—dijo Jorge en cuanto todos estuvieron en su despacho.—Para salvarnos de lo que nos amenaza, necesitamos nuevas leyes protectoras. Propongo, pues, la inmediata preparación de una campaña electoral para presentar nuestro candidato. Si no lo hacemos así, si dejamos que triunfe un candidato del trust,



estamos perdidos. La voracidad de los negociantes sin escrúpulos que lo componen, acabará con nuestra independencia.

—Debemos obrar prudentemente—dijo Logan.—El trust es un adversario potente, al cual es difícil dominar...

—Cierto—añadió Jorge.—Por eso creo que el único remedio es apelar a la opinión de los electores. Que juzguen ellos si es lícito que nos dejemos arruinar por el trust cobardemente.

—Tiene razón—afirmó Olivier Dale.—Le sostendremos con decidido interés hasta alcanzar el triunfo.

—Es demasiado grave el asunto para decidirlo en un día—agregó Logan.—Yo creo que debemos meditarlo. Propongo, pues, que nos reunamos otra vez, después de haberlo pensado bien todos. Hay que reflexionar seriamente estas cosas.

Como las palabras de Logan tenían tanto sentido práctico, y este sentido es sólo el que predomina en los hombres de negocios, casi todos estuvieron de acuerdo con él. Nadie dudaba de la buena fe de Jorge, pero sólo hablaba en él el entusiasmo. Venció, pues, el sentido práctico. Se acordó, de acuerdo con lo propuesto por Logan, reunirse otro día. Logan ganaba así tiempo para el trust, que era lo que se proponía, y lo hacía perder a sus compañeros.

Se despidieron los reunidos. Quedaron solos, en su despacho, Jorge y Mary. Esta dijo a su principal:

—Oiga, señor Rand: ¿ha observado usted que solamente Logan era el que se oponía a sus proyectos?

—Sí, lo he observado. Pero sus palabras las dictaba el sentido común.

—Aunque así sea, yo no me fiaría de ese hombre.

—¿Qué quiere usted decir, Mary?

—Quiero decir que Logan, a mi juicio, no es un leal compañero de ustedes.

Mary tenía razón, ya lo sabemos, pues que Logan estaba de acuerdo con el trust. Y como Jorge Rand era el alma de los independientes, contra éste se dirigía siempre su velada disconformidad o su crítica, no por contenida menos mal intencionada.

Así, cuando, este mismo día, se terminó la re-

unión, y todos, menos Jorge, salieron a la calle, antes de despedirse, Logan dijo a sus compañeros:

—Esto de las elecciones es algo serio para nosotros. No se puede escoger candidato así como así. En cuanto a Jorge Rand, ¿sabemos acaso quién es, de dónde procede?

—Ciertamente, no lo sabemos. Mas, poco importa esto. Su comportamiento desde que está aquí, su honradez, su actividad, hablan más en su favor que todos los antecedentes pudieran hacerlo—afirmó con convicción Olivier Dale.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Dale, en reconocer los méritos de Rand. ¿Cómo podría negarlos? Pero, ¿quién nos dice que no sea un aventurero, que toda su vida de aquí no sea acabada simulación para buscar precisamente nuestros votos, que es de lo que ahora se trata?

—Absurdo, amigo Logan. Jorge aceptará nuestros votos sólo a ruego de todos y únicamente para salvarnos de la ruina.

—Pues yo, la verdad, desconfío en absoluto de él.

—Un hombre que piensa tan cuerdamente como él y que como él actúa, es merecedor de mi incondicional confianza.

Después de estas honradas palabras de Dale, Logan no se atrevió a hablar nuevamente. Y se despidieron.

En el despacho de Jorge, éste y Mary, su secretaria, seguían hablando.

—A pesar de lo que puedan hacer en su contra—decía Mary,—no es posible que deje usted de lograr cuanto se proponga, señor Rand.

—¿Usted lo cree?

—Sin ningún género de duda. Si sus compañe-

ros tienen fe en usted y luchan con valor, el triunfo es seguro.

—La verdad es que, nadie podrá negarlo, es usted una fidelísima colaboradora de todos mis planes. Por eso cree tan firmemente en el triunfo, porque lo desea.

—Sí, ciertamente, lo deseo. Me dolería mucho ver hundirse todo esto que he visto nacer y crecer...

—¿Qué buena es usted, Mary! ¿Cómo podría yo dejar de sentir hacia usted una gratitud imperecedera?

Al decir esto, Jorge miró a Mary a los ojos. La joven, conturbada, bajó hacia el suelo los suyos.

Estaban junto a la máquina de escribir de ella, en la cual había escrito algo, mientras se celebraba la reunión, la hija de Olivier Dale, que estuvo sola allí un momento, pues que Mary, por su calidad de secretaria, hubo de asistir a la conversación de los reunidos.

Adelina Dale, como hemos dicho, parecía estar enamorada de Jorge. Lo que inconscientemente acaso había escrito, en el momento que se quedó sola, era prueba evidente de su enamoramiento.

Cuando Mary bajó la vista ante la mirada de Jorge, vió en la máquina un papel que ella no había puesto. Y el papel decía: «Señor don Jorge Rand.» Luego, en otra línea: «Señora Adelina Rand.» Aquello fué una revelación para Mary. Y su rostro, al leer, adquirió un gesto de pena infinita. Mary, pues, también amaba a Jorge, pero en silencio, procurando siempre que él no lo sospechara. Si, pues, Adelina daba a entender su amor y Jorge se sentía halagado por ello y, como consecuencia, hacía la corte a aquella otra muchacha, ella se quedaría sin su amor, que era tan grande...

Todo esto pasó por su imaginación en un mo-

mento, que si fué fugaz, fué también muy penoso.

Cuando alzó sus ojos hacia Jorge, éste todavía la estaba mirando, ¡oh, alegría para ella!, con una mirada de amor.

Pero ninguno se sintió con valor para hablar. Ni siquiera cruzaron una palabra.

Un instante después, cada uno se entregaba a sus trabajos habituales.

Por la noche, como todos los días desde hacía ya mucho tiempo, Jorge y Mary, después de su trabajo diario, salieron a recorrer grandes extensiones por las zonas del país del cobre; siempre, en estas excursiones, formulaban proyectos de trabajo para el porvenir.

Aquella noche, como si todavía durara la impresión tenida durante el día, caminaron mucho rato sin decir nada. Al fin, Mary, más decidida, o acaso más temerosa del silencio, rompió a hablar, pero no de amor, sino de negocios. Se dijera que quería así ocultar su pensamiento.

—Ha sido—dijo—grandiosa idea, señor Rand, la de haber dado vida por medio del trabajo a estos viejos caminos.

—Sí, sin duda...

—Todos los que viven del trabajo de sus manos, deben estar reconocidos de la actividad de usted, que les ha proporcionado ocupación.

—Quizá sí, quizá no. Si no yo, otro les habría dado trabajo. Esto no es una virtud. Lo que cobran, lo ganan con exceso.

—En efecto. Pero eso no importa. Es preciso que tengan donde trabajar. Quien les da trabajo les ayuda a vivir.

—Nunca se piensa en eso cuando se emprende un negocio. Sólo se piensa en los propios benefi-

cios. El dar trabajo no es más que una consecuencia, nunca un propósito.

—Veo que tiene usted interés, esta noche, en aparecer de otro modo de como es en realidad.

Jorge, después de esto, guardó silencio. Mary no se atrevió a seguir hablando. Tampoco tenía ningún interés en aquella charla. Sólo la emprendió porque el silencio le parecía demasiado elocuente, es decir, que el hecho de que callaran demostraba que iban pensando el uno en el otro...

Pasaron unos días. Y cada vez más, Jorge Rand iba siendo, por completo ya, el cerebro, la voluntad activa de los independientes. Su influencia crecía y se consolidaba de día en día. Los grandes capitalistas del trust empezaron a temer a aquel adversario. Y con una frecuencia hasta entonces desacostumbrada, celebraban reuniones y más reuniones, secretas unas, públicas otras, a las cuales asistía ya, quitada su careta de traidor, el independiente Logan, demasiado dependiente del trust.

Conocido y alejado este enemigo, los independientes se agruparon, sin dudas ni recelos, en torno de Jorge. Le alentaban, le apoyaban, no se oponían a ninguna de sus proposiciones. La batalla, pues, se preparaba. Y no había de ser fácil la victoria.

El prestigio de Jorge era cada día más grande.

El trust decidió, en una de sus reuniones, acabar con él.

El gerente, aconsejado por los capitalistas que formaban aquella sociedad, tan poco escrupulosa en sus negocios, dijo en esta reunión:

—Es preciso, a toda costa, deshacerse de Jorge Rand. Se trata de un elemento muy peligroso que se opone a nuestra total dominación en esta zona minera.

—Sí, es preciso acabar con ese advenedizo—dijeron todos los reunidos.

Y Logan, el traidor Logan, agregó:

—Yo voy a ir al Este para investigar; empresa difícil, porque no conocemos ninguna historia tenebrosa que cargarle en el activo a nuestro adversario...

En el mismo momento en que, en las oficinas del trust, tenía lugar esta escena, en dos sitios muy diferentes, y lejanos el uno del otro, pasaban cosas muy interesantes para el conocimiento cabal de esta historia.

Allá en el convento en donde se había recluso la hermana de nuestro protagonista, vino a interrumpir la solemne paz monástica, la llegada de un hombre, el cual, decidido, había irrumpido en aquel apartado lugar de recogimiento.

Y en un pueblecito cercano, invitado por Olivier Dale, con objeto de discutir en su propia casa los planes que debían realizar frente al trust, bajaba de su coche Jorge Rand.

El cual entró en seguida en la vivienda de aquel que le había citado. La hija de éste, Adelina, que nada sabía, al ver llegar a Jorge no supo disimular su alegría. Le saludó con afecto, le miró frente a frente, le sonrió, le dijo palabras sencillas y emocionadas, tanto, que Jorge no sabía qué contestarle.

Vino el padre de la joven a sacarle de su apuro, diciendo:

—Déjanos, hija mía. Tenemos que hablar de asuntos muy serios.

Salió Adelina con un gesto de tristeza. En el mismo momento, allá en el monasterio, el hombre que en él había entrado, llegaba hasta la superiora, la cual, por petición de él, estaba acompañada de la

hermana de nuestro protagonista, conocida allí por Sor Carmen.

—Estoy enfermo—dijo el hombre—y desvalido. ¿No hay aquí una ocupación para mí?

Calló la superiora.

Sor Carmen intervino:

—El ha sido nuestro fiel mayordomo durante muchos años.

—Bien—dijo la superiora.—Si quiere trabajar, podemos recogerlo aquí como jardinero.

Aceptó el hombre, contentísimo. Sor Carmen estaba satisfecha de que así fuera...

En la casa de Olivier Dale, entretanto, éste y Jorge hablaban. Como palabras finales, Dale había dicho:

—Es indudable el acierto en elegir candidato. Usted es la única persona cuyo prestigio puede conducirnos al éxito.

—Tenga en cuenta, amigo Dale, que una campaña electoral es muy costosa en dinero y en esfuerzos. Y que es posible la derrota.

—Yo estoy dispuesto a todo por el triunfo de nuestra justa causa, y no me asalta el temor de un fracaso.

—¡Ojalá yo no tuviera tampoco ningún temor.

—Pues todo depende de usted, señor Rand. Ponga en esto, como en todo lo que ha hecho hasta aquí, toda su actividad y todo su entusiasmo. Si así lo hace, podemos tener absoluta confianza en el triunfo.

—Lo pondré...

Terminaron la charla. Allá en las oficinas del trust, también había terminado la reunión. Logan había dicho al gerente, al despedirse:

—Si yo me entero en Nueva York de algo que debilita el predicamento que Jorge Rand disfruta, puede usted contar que volveré aquí en el primer rápido.

IV

Además de haber enviado a Logan a Nueva York, el trust maniobraba, en las minas, contra Rand, sirviéndose de agitadores a sueldo para hacer cundir el desorden entre los trabajadores de los independientes. La mayor parte de estos agitadores eran gentes de pésimos antecedentes. Pero no hay nada que importe a los hombres de negocios cuando se proponen llevar a cabo un plan.

En las propias oficinas del trust, el gerente dijo a aquellos malhechores vulgares:

—Hoy es día de paga. Si ustedes pudiesen evitar que Rand pagase a sus obreros, esto sería de un efecto sorprendente.

—Cuenta con nosotros. Somos sus servidores, y todo se hará como usted desea.

—Pues bien. No seré corto en la recompensa.

Salieron de la oficina, aquellos hombres, dispuestos a perpetrar cualquier fechoría.

A la misma hora, en su despacho, Jorge hablaba con Mary.

—Voy a buscar el dinero al Banco para los jornales. Recuerde, Mary, que a partir de hoy los hombres no trabajan el sábado por la tarde, aunque cobrarán como si trabajasen.

—Muy bien.

—Estaré en las minas a la hora de costumbre.

—Yo le iré a encontrar allí con el libro de jornales.

—De acuerdo. Hasta luego, pues.

—¡Adiós!

Era un día claro y sereno. Allá en el convento, el antiguo mayordomo, que siempre había amado en silencio a su señorita, a Ethel, al verla ahora

se había sentido nuevamente inquieto por su honda pasión. Pero nada decía. Trabajaba. Cuidaba las flores. Sufría en silencio su torturador cariño imposible...

Cuando llegó el mediodía, hora de abandonar el trabajo los operarios de Rand, uno de los agitadores a sueldo del trust los esperaba. Y, reuniéndolos, les habló así:

—Camaradas. Jorge Rand está casi arruinado. Quiere disminuir vuestros salarios, y si no lo aceptáis, hará trabajar, en sustitución vuestra, a los presidiarios. Yo me he enterado de todo esto por una conversación suya que he sorprendido, y, como compañero vuestro, como trabajador, he creído un deber mío avisaros.

Uno de los trabajadores, alzando la voz, pues que estaba entre todos, dijo:

—Hay alguna verdad en el fondo de lo que dice ese compañero. Fijaos en que se nos ha hecho abandonar el trabajo a mediodía.

—Es cierto—murmuraron los demás.

En este momento llegaba, a caballo, Mary. Oyó todo esto. Y viendo que no estaba allí Jorge, salió a su encuentro al galope para prevenirle de las maquinaciones que se estaban haciendo contra él.

La tardanza de Jorge obedecía a que había sido víctima de una emboscada. Dos de los malhechores le habían salido al encuentro y robado la cartera en que traía el dinero para pagar a los operarios. Mas, repuesto de la sorpresa, logró recobrar el dinero, vencer a los dos malhechores y maniatarlos. Cuando apenas acababa de realizar todo esto, llegó, a todo el correr del caballo que montaba, Mary. Y dijo rápidamente a Jorge lo que había oído.

—Bien, Mary. Yo cuento con usted. Lleve a esos dos individuos por el camino principal. Aquí tiene

una pistola; por otra parte, están atados. Yo voy hacia allá, para no perder tiempo, a campo traviesa.

Tal como lo dijo lo hizo. Mary, en seguida, poniendo a los dos malhechores por delante de ella, emprendió también el camino hacia las minas.

Cuando Jorge llegó a donde el agitador hablaba a los trabajadores, éste estaba diciendo:

—Ante tamaño abuso, ¿vais a encorvar la espalda como esclavos, o a defenderos como hombres?

—¿Qué es eso?—interrumpió Jorge, llegando de súbito, sin que nadie le hubiese visto.—¿Por qué predica usted la revuelta entre mis operarios?

—Soy un trabajador como ellos, pero que sé cuáles son mis derechos.

—Bien que lo sepa usted. Pero ellos me conocen a mí. Si tienen algún motivo de queja, saben que siempre, siempre les atiendo. ¡No necesitan su ayuda, créalo; no precisan de ingerencias extrañas!

—Yo cumplo mi deber al defenderlos. Usted les ha hecho abandonar el trabajo al mediodía.

—Es cierto.

—¡Ya veis, trabajadores, que tiene el cinismo de reconocerlo!

—Pero han pasado medio día para descansar, por voluntad mía, y cobrarán íntegramente sus jornales. Y tú, no eres un trabajador, sino un agente a sueldo de mis adversarios. Lo sé todo. Tus cómplices, que han intentado robarme, llegarán aquí en seguida, atados. Los he atado yo. Os ha fallado el golpe.

Parecía como si Mary estuviese aguardando estas palabras para llegar.

Los trabajadores, viendo claro, quisieron arrojarle contra aquellos tres hombres, el orador y los dos que llegaron conducidos por Mary. Mas Jorge lo evitó pronunciando estas palabras:

—Deteneos y no maltratarlos. Nosotros no debemos obrar como ellos; la justicia sobre estos hombres es al *sheriff* a quien pertenece.

Los mismos trabajadores llevaron a los tres agentes del trust a la casa del *sheriff*.

Días después estalló en todo el país un violento huracán. Hubo muchas desgracias personales. Allá en el convento en donde hacía de jardinero el ex mayordomo de Ethel, cayó sobre éste, dejándole moribundo, una pared. Antes de morir, llamó a la madre superiora y a la que fué su señorita y su amor inconfesado, para, ante ellas, confesarse. Pidió que escribieran su confesión. Así se hizo. El la firmó. Murió poco después. Ethel, cuando ya aquel hombre fué enterrado, pidió permiso para salir del convento por unos días, para llevar aquella confesión a su hermano. Le dieron el permiso. En alas de la alegría de saber que su hermano no fué quien dió muerte al hombre que la atropellaba—pues la confesión del mayordomo aclaraba aquel misterio,—iba la infortunada reclusa hacia las minas de cobre...

En las cuales se hacía una intensa propaganda electoral, con objeto de abatir el dominio del trust. Estaba ya, puede decirse, asegurado el triunfo del candidato de los independientes, es decir, de Jorge Rand.

Los partidarios de Jorge estaban fuera de sí, contentos y satisfechos. Especialmente Olivier Dale, estaba alegre, henchido de gozo. Decía a cuantos se encontraba:

—Yo lo había predicho. Jorge Rand ha sabido ganarse la simpatía de todo el mundo. Tendremos un senador nuestro, un defensor de nuestros intereses; él sabrá salvarnos de la ruina que nos amenazaba.

Jorge estaba también muy satisfecho. Pero lo

que más alegría le daba, era ver con qué fe Mary creía en su triunfo. Comprendió entonces, por vez primera, cuánto le amaba su secretaria, y como él, aunque nunca le había dicho nada a ella sobre el particular, también la amaba, se prometía, en cuanto pasara el período electoral, hablarle seriamente de sus deseos de hacerla su esposa. Tenía, en verdad, más impaciencia de solucionar este asunto que ninguno otro. Y si deseaba que pasaran pronto las elecciones, era más por hablar de su amor con Mary, que por ser senador. Casi había olvidado este extremo...

Llegó el día de la elección. En un gran salón se habían reunido todas las gentes del contorno. Ambiente de entusiasmo; discursos; palabras llenas de promesas; músicas por las calles. En el salón, el candidato, aclamado por el público. No acierta, él, conmovido, a decir nada. Habla en su nombre Olivier Dale. Explica las buenas cualidades de Jorge, su honradez, su actividad, su deseo de mejorar las condiciones económicas de toda la comarca. Suenan aplausos entusiastas...

Pero... había llegado al pueblo, de vuelta de Nueva York, Tomás Logan.

Se presentó en las oficinas del trust, y dijo que había sabido algo sensacional acerca de Rand, y que iba a descubrirlo en seguida en el mitín electoral. Salió hacia allá, rápido.

En el mismo tren que él, había llegado Ethel, vestida con su traje monjil. En cuanto llegó al pueblo, buscó el domicilio de su hermano. Llegó. Sólo encontró en él a Mary. Dijo:

—Deseo ver al señor Rand. Es un caso de extraordinaria urgencia.

—Yo la acompañaré a usted—le contestó Mary. Salieron las dos en un cochecito, que Mary diri-

gía. Estaba lejos el sitio donde se celebraba el mitin. Mary, que advertía la impaciencia de Ethel, daba prisa al caballo...

Llegó, antes que ellas, Logan. El entusiasmo del público era extraordinario. Olivier Dale continuaba hablando:

—No es por un hombre por el que vais a votar. ¡Es por la idea de redención y de honradez que representa!

—Muy bien—decía el público.

—Nosotros—continuó Dale—reclamamos solamente el reinado de la Justicia y nos toca a todos el imponerla.

—Pido la palabra—gritó Logan entrando.

—Concedida—dijo Dale.

—Yo poseo—dijo en voz alta Logan—la única verdad acerca del señor Rand, o mejor, para llamarlo por su nombre, del señor Rogelio Cass.

Nuestro protagonista, al oír esto, se puso pálido y no acertó a decir ni una palabra.

Logan continuó:

—¡Amigos míos, sabed que estáis tratando con un antiguo presidiario que fué condenado por asesinato.

—Eso es una cobarde mentira, Tomás Logan—gritó Dale, indignado.

—¡Para probar mis afirmaciones—añadió Logan—traigo los documentos necesarios!

—Logan dice la verdad—dijo Rand, con palabra conturbada.—¡Sí! ¡Yo he estado en presidio por haber matado a un hombre!

El público, impresionado, se puso en pie.

Pero llegaron en este momento Ethel y Mary. Ethel, que había oído las últimas palabras de su hermano y que veía la actitud del público, exclamó:

—¡Aguardad! ¡No juzguéis a Rogelio Cass sin oírme!

—¡No, hermana mía! ¡Te prohibo que te expliques!—dijo en voz, ahora alta y serena, Rogelio.—Soy yo, y no tú, el culpable. ¡Y yo, expiada mi culpa, me considero regenerado por el trabajo!

Ethel, como si no le hubiera oído, añadió:

—Rogelio Cass, señores, es mi hermano. Creyendo sacrificarse por mí, se hizo reo de un asesinato que no había cometido. He aquí la confesión firmada por un moribundo. ¡Una pobre alma que mató en un momento de celos y de ofuscación!

Sacó enseguida una carta manuscrita y leyó:

«Yo estaba locamente enamorado de la señorita Ethel Cass... Y cuando vi que era atropellada brutalmente por un miserable, apagué la luz y disparé contra él. Cayó al suelo muerto. Yo arrojé, junto al cadáver, el arma. En este momento entró Rogelio Cass, que creyó que su hermana era la culpable. Por salvarla a ella, se acusó a sí mismo y fué condenado.»

—He aquí confirmada la grandeza de alma de nuestro futuro senador—dijo Olivier Dale cuando Ethel acabó la lectura.

El público, conmovido, aplaudió.

Poco después comenzó la elección. Rogelio, por una mayoría abrumadora, fué elegido senador por el distrito minero.

Al día siguiente, a caballo, Jorge y Mary recorrían, como de costumbre, las minas. Bajaron, para descansar, junto a unas plantas silvestres, cabe a una fuente rumorosa. Paisaje propicio a las suaves palabras de amor.

Mary dijo:

—¡Jorge Rand, o Rogelio Cass: es usted un héroe, un alma hermosa y... un senador!

—En efecto... No me falta nada más que ser tu esposo para considerarme feliz. ¿Quieres tú, Mary?

Ella no contestó. Se puso a temblar, conmovida. Luego dirigió una mirada profunda al amado, una mirada henchida de amor. El, leyendo en aquella mirada, se acercó más a la joven. Un momento después, empujados por una fuerza oculta, se encontraron el uno en los brazos del otro. Y sus bocas se buscaron.

Una luz extraña, desde el cielo, parecía felicitarles.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'—	»
Blouse Ideal.	»	2'50	»
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50	»
Ideal Parisiën	Mensual	3'—	»
Joie des Modes de Paris.	Temporada	4'—	»
Mateaux et Costumes de			
Promenade.	»	3'—	»
Mode de Paris	»	3'—	»
Mode Nationale.	Mensual	1'25	»
New Ladies Fashions.	10 veces año	6'—	»
Patrons Favoris Dames.	Temporada	3'—	»
Patrons Favoris Ceremonies	»	5'—	»
Patrons Favoris Blouses.	»	5'—	»
Patrons Favoris Enfants.	»	3'—	»
Patrons Favoris Lingerie	»	5'—	»
Patrons Favoris Gentlemens			
Fashions	»	5'—	»
Patrons Favoris Tailleur.	»	5'—	»
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'—	»
Paris Chic	Mensual	5'—	»
Toilettes d'enfants.	Temporada	2'50	»
Toilettes Modernes.	»	2'25	»
Ultima elegancia	»	1'25	»
Tres chic	»	4'—	»

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Muncial**, **Barbará**, 15. Apartado 925 — **Barcelona**